

tierra de muy poca gente; mas que, pasada aquella, caminarían tres lunas, que son tres meses de camino, por muy buena tierra y poblada. Holgóse mucho el siervo de Dios de oír esto, y queriéndolo ver, partió de allí con la compañía del portugués y donados, contra la voluntad de aquel pueblo que le amaba mucho, y de esta manera se fué en demanda de la tierra que buscaba, quedando en el pueblo de Ocuique y provincia de Tiguex, el P. Fr. Luis de Ubeda y Fr. Juan de la Cruz enseñando á los indios las cosas de nuestra santa fé; y apenas había comenzado á caminar el santo Fr. Juan de Padilla, cuando vió venir hacia sí unos indios de guerra con sus arcos y flechas á matarle (á los cuales el arzobispo de Mantua llama aciales). Entonces el bendito padre rogó al portugués, que, pues llevaba caballo, huyese de aquellos bárbaros crueles y llevase consigo los indios donados y los otros que, por ser ligeros, le podrían seguir y escaparse. Hízolo el portugués así, y el bendito Fr. Juan, hincado de rodillas, en oración, encomendando su ánima á aquel Señor por cuyo amor y fé se había puesto al peligro, los aguardó y fué muerto por aquellos inhumanos carniceros, los cuales, después de haberle flechado, le echaron en un hoyo y cargaron de piedras á vista del portugués y de los indios que, habiéndolo visto, pasaron un río grande y así se escaparon, desamparados de su padre y caudillo Fr. Juan de Padilla; y el Andrés del Campo, los donados y los muchachos, fueron á dar al pueblo del indio que tenía la señal de la vaquilla en la frente, el cual los avió para su viaje, y pasaron por algunos pueblos de indios sin que les hiciesen daño, y vinieron á salir á Pánuco, y el portugués siguió su viaje para México, y los indios donados determinaron volverse á su tierra de Mechoacán, de do eran naturales, y del viaje que hicieron y de su vida se tratará después que se vuelva á tratar de ellos.

Dijose que los indios habían salido á matar á este religioso por quitarle los ornamentos y bastimentos que llevaban, y que en su muerte hubo muchos prodigios, porque el sol se oscureció, viéronse globos de fuego y cometas, hinchéndose la tierra, y de esto hay mucha memoria en la provincia de Culiacán y

lo trataban algunos papeles y escritos que dejó Don Pedro de Tovar, uno de los fundadores de aquella villa, el cual murió y está enterrado en ella.

CAPITULO CXLVIII.

En que se trata del martirio del P. Fr. Juan de la Cruz y suceso del P. Fr. Luis de Ubeda y de otros religiosos que fueron á las conversiones.

Año de
1542.

El siervo de Dios Fr. Juan de la Cruz, compañero del ínclito mártir Fr. Juan de Padilla, habiendo quedado en la provincia de Tiguex, lo que se supo de él, es que procuró confirmar más en la fé á aquellos recién convertidos. Hizo notables conversiones en los que no lo estaban y mucho servicio á Nuestro Señor en aquellas naciones, donde fué su santidad muy conocida, porque era religioso muy observante y de aprobada vida, y de tan gran paciencia, humildad, abstinencia, mansedumbre y de tal caridad dotado, y tuvo tal opinión entre los indios, que le salían á recibir cuando entraba en los pueblos con tanta devoción, que le llevaban en brazos y hacían otras demostraciones de contento, y lo que más es, los españoles soldados le reverenciaban, de suerte que Francisco Vásquez Coronado, capitán general de aquella conquista de Tzíbola, mandó pregonar y echar un bando en su ejército, que cuando oyesen el nombre de Fr. Juan de la Cruz, inclinasen la cabeza ó la descubriesen, en señal de la veneración y honra que á la virtud y santidad de tan excelente siervo de Dios se debía; y después de haber padecido muchos trabajos por la dilatación de la fé y de haber peregrinado diversas partes de las Indias, fué asaeteado por los indios aciales de la dicha provincia de

Tiguex, (como dice Gomara en la Historia General de las Indias, y el arzobispo de Mantua, Gonzaga, página 1,298, y Fr Antonio Daza, en la cuarta parte de la Crónica, lib. 2.º, capítulo 58), y acabó su curso con glorioso martirio.

Del santo lego Fr. Luis de Ubeda no se sabe otra cosa, más de que habiendo ido en compañía del santo mártir Fr. Juan de Padilla á la tierra de Tzibola, quedó en un pueblo de la provincia de Tiguex, llamado Ocuique, cuando el Santo Mártir pasó adelante para confirmar en la fé de Cristo Nuestro Señor á los indios que la habían recibido, y predicarla y enseñarla á los que la estaban para recibir, de lo cual ellos se holgaron mucho, y en señal de regocijo le cogieron en los brazos y hicieron otras demostraciones de contento. Nunca se supo que se hizo, por haberse quedado sólo en aquella tierra; pero tiénese por muy cierto que fué mártir y religioso muy perfecto, observante y de aprobada vida, y muy estimado y respetado de todos, tanto que el general Francisco Vásquez Coronado había mandado á sus soldados le estimasen y reverenciasen mucho. "A mí me dijo (dice un memorial de cierto religioso) Gerónimo Mercado de Sotomayor, un hidalgo que fué á esta jornada, que le pareció Fr. Luis de Ubeda uno de los más perfectos religiosos del mundo, porque su vida era una perpetua oración, en especial que donde quiera que el ejército hacía alto, y se paraba, luego buscaba con modo lugar para ponerse de rodillas; y que era pobrísimo sobremanera.

Mártir de esta santa Provincia.

Tenido noticia del martirio de los religiosos el P. Fray Agustín Rodríguez (según dice Mendoza en el Itinerario del Nuevo Mundo), con celo de la salvación de las almas deseó el martirio. Algunos años después pidió licencia al virrey Conde de la Coruña para ir á aquellas provincias, y habiéndose informado el virrey de la virtud y santidad de dicho padre, se la concedió y partió para la provincia de Tzibola con la bendición de Dios y sus prelados, con dos compañeros, el uno llamado Fr. Francisco López, y el otro Fr. Juan de Santa María, acompañados del capitán Francisco Chamuscado; y fueron caminando hasta la provincia de Tiguex, donde martirizaron al P. Fr.

Juan de Santa María, hijo de la santa provincia de Xalisco, que en aquella sazón se halló en México; y como en todas las entradas se tenía atención á que fuese también religioso de esta provincia, le fué muy fácil conseguir su intento, por hallarse presente; así lo dice Fr. Juan Gonzalez de Mendoza, capítulo séptimo, fol. 275, el cual cuenta muy por extenso esta jornada, y Cabrera, lib. 13, cap. 11, pag. 1.162.

Con la muerte de este religioso se atemorizaron los españoles y se volvieron, quedándose solos los religiosos con tres muchachos y un mestizo, en cuya compañía pasaron más adelante de la provincia de Tiguex ciento y cincuenta leguas, á la provincia de Marata.

Religiosos de la provincia de Xalisco en Tzibola.

Volvieronse los españoles dejando solos á los religiosos, como queda dicho, predicando el Santo Evangelio á los gentiles de aquellas provincias, y en la de Marta los martirizaron, como dice Mendoza, y habiendo llegado los españoles á Santa Bárbara, dieron noticia al virrey de la muerte de aquellos religiosos, con que muchos fervorizados en espíritu, de todas provincias, pidieron licencia para ir á aquellas conversiones, y teniendo atención el Reverendísimo Comisario general que entonces era, que aquellas conversiones habían sido principiadas por religiosos de la provincia de Xalisco, dió aviso para que saliesen los religiosos que quisiesen á ejercitar el santo oficio de la predicación en las conversiones, y salió un religioso cuyo nombre no dice el P. Torquemada; pero Cabrera dice que se llamaba Fray Juan de la Cruz, y para prelado y caudillo de los que iban, fué nombrado el P. Fr. Bernardino Beltrán, como dicen Mendoza y Cabrera; y habiendo salido á esta jornada, llegaron á Santa Bárbara, donde hallaron al capitán Espejo, el cual movido de caridad y santo celo, los acompañó con gente y soldados que llevó á su costa, y pasaron las rancherías de los lonchos, pasaguatés y tobosos, y de allí á los jumanos, que por otro nombre llaman pataragueyes, los cuales al punto que vieron religiosos de nuestro santo hábito, se redujeron, y algunos apóstatas de los que habían bautizado los primeros religiosos que entraron en aquella tierra, volvieron á la fé.

Pasó adelante el P. Fr. Bernardino Beltrán con sus compañeros, llevando por su inmediato al P. Cruz, hijo de la santa provincia de Xalisco, y tuvieron noticia de cómo había una laguna muy grande en aquella provincia y al rededor grandes poblaciones de gente política y vestida, y no quisieron detenerse allí por llegar apriesa á la provincia de Tiguex y Marsata, donde habían martirizado los indios á los PP. Fr. Agustín Rodríguez y Fr. Francisco López, y á los muchachos y mestizos en un pueblo que se llamaba Poaba, como dice Mendoza; y habiendo llegado, fué Dios servido se redujesen aquellos indios á nuestra santa fé, con que pasaron adelante á las provincias de los quires, cumanes, amexes, y al pueblo de Acomo, donde hallaron una cruz, que fué la que puso el bendito P. Fr. Juan de Padilla, proponiendo en su pecho no desampararla hasta perder la vida. Pasaron de Acomo á Atuni, que es la tierra de Tzibola, y en este pueblo había algunos indios cristianos y de algunas cosas particulares, y que de este pueblo se volvió el general Francisco Vásquez Coronado, dejando los religiosos que quedan dichos. Estos indios dijeron al P. Fr. Bernardino Beltrán cómo había otras provincias más adelante, que era la de Ubate y Tamos, y aconsejaronles que no pasasen adelante, y hicieronlo así, como dice Juan de la Cruz, y más por extenso el P. Fr. Esteban de Perea en su libro manuscrito, y el Padre Mendoza; y hallaron estos religiosos retratados los santos mártires, y, según la pintura, parece haberlos muerto á palos y á pedradas.

Volvióse el P. Fr. Bernardino Beltrán sin conseguir el martirio que tanto deseaba, porque le tenía Dios guardada otra corona, y dió noticia de aquellas provincias, las cuales quedaron pacíficas [según Cabrera refiere] contando la jornada que el Adelantado D. Juan de Oñate algunos años después hizo al Nuevo México, llevando en su compañía al P. Fr. Francisco de Velasco y otros religiosos de estas provincias, según dice Torquemada, y tomó posesión por lo temporal del río del Norte, y por lo espiritual, el P. Fr. Francisco Velasco [diligencia no

necesaria, porque como dice Juan de la Cruz, lib. 6 cap. 11, ya la habían tomado los que habían ido antes.

También en los descubrimientos que se hicieron por mar fueron los religiosos de la provincia de Xalisco de los primeros, porque, según refiere Bernal Díaz del Castillo, en el cap. 200, foja 232, de los primeros navíos que salieron á descubrir las costas del mar del Sur y la isla de la Estrella ó California, enviados por D. Fernando Cortés, que fueron dos, y del uno por capitán, Diego Hurtado de Mendoza, y del otro el capitán Grijalva, y pasó lo que acerca de esto en otra parte queda dicho; fué un religioso llamado el P. Fr. Bernardo de Olmos.

Después que volvió el marqués de España [como dice Herrera, Década V. lib. 1, cap. 3, pág. 191] hizo fabricar otros dos navíos, los cuales despachó también con orden de que fuesen á descubrir la isla de la Estrella ó California, y habiendo llegado al valle de Banderas, saltaron en tierra muchos soldados para tomar refresco, y allí los mataron los indios coronados, con que se volvieron otra vez á Acapulco; y en esta jornada también [dice Herrera y Juan de la Cruz] que fueron religiosos de San Francisco, aunque no los nombran por sus nombres, y habiendo llegado á Acapulco, dieron noticia al marqués de lo sucedido, el cual sintió mucho la desgracia y en extremo la retirada y vuelta, y mandó se diese carena á los navíos y se pertrechasen de nuevo, nombrando capitanes y que volvieresen de nuevo los dichos religiosos, y navegaron hasta llegar al puerto de la Cruz, que hoy llaman de la Paz. Saltaron en tierra algunos soldados y los religiosos, y viéndolos el capitán en tierra, se hizo á la vela con la gente que le quedaba y pasó á la California, donde desembarcó, y los indios mataron al capitán, á veinte soldados y algunos marineros, y los que quedaban en el navío, huyeron y aportaron al puerto de Chacala en Valle de Banderas, y teniendo noticia Nuño de Guzmán de su arribada, salió de Xalisco para el dicho puerto y les quitó todo lo que el navío llevaba, según cuenta el P. Torquemada; y de los religiosos que quedaron en tierra, no vuelve á tratar ningún historiador, sólo Juan de la Cruz dice que llegaron á

Culiacán, porque se hallaron sin guía y derrotero, porque ya era la provincia de Xalisco; y habiendo llegado á noticia de Fernando Cortés, se determinó ir en persona por mar el año de 1535 y llevó también religiosos de nuestra orden consigo, y pasó lo que en otra parte queda dicho.

Y en la jornada que hizo Sebastián Vizcayno para la California, por mandato del rey nuestro señor, llevó consigo religiosos de N. P. San Francisco, los cuales pidió el conde de Monterrey, virrey de la Nueva España, á nuestro P. Fr. Pedro de Pila, Comisario general que entonces era, el cual nombró cinco, que fueron al P. Fr. Diego Perdomo, Fr. Bernardino Zamudio, Fray Nicolás de Sarabia, y por su secretario y prelado al Padre Fray Francisco de Balda. Iba también el hermano Fr. Cristóbal López, lego, y habiéndose embarcado en Acaapulco, desembarcaron en Mazatlán por los achaques del Padre Fray Francisco de Balda, donde le dejaron, y parece que fué por permisión de Dios, que fué servido que eligiesen entre los cuatro, al Padre Fr. Bernardino Zamudio, hijo de la provincia de Xalisco, porque aquella conquista era derechamente de la dicha provincia. Llegaron á la California y fundaron iglesia dándole por patrón y titular á N. P. San Francisco, donde bautizaron muchos indios. Dió vuelta Sebastián Vizcayno, así por falta de bastimentos, como por otras causas que le movieron, y queriendo quedarse los religiosos, no lo consintió, y así, se volvieron, quedándose aquellos pobres indios desconsolados, los cristianos sin ministros y los gentiles sin conocimiento de Dios y de su santa fé católica.

El año que S. M. concedió licencia á Tomás de Cardona para pasar á las californias, que fué el año de 1612, pasó su sobrino Nicolás de Cardona y llevó religiosos de N. P. San Francisco, y habiéndole sobre Sacatula robado Jorge Ospilberg, holandés, cautivó los religiosos que llevaba consigo, según dice Gotardo Artucio en su historia que escribió de este corsario holandés, tomo 2, pág. 24, y por los memoriales que dió el dicho Nicolás de Cardona á S. M. y licencias, consta largamente la segunda jornada de Nicolás de Cardona para la Cali-

Fray Bernardino Zamudio religioso de Xalisco para California.

fornia, tratando de enviar religiosos para ella, fué en ocasión que se halló el P. Fr. Juan de Carrascosa, provincial que había sido en la provincia de Xalisco, en la corte, y hizo relación á S. M. de cómo aquella conquista espiritual pertenecía á la provincia de Xalisco, y se halló ser así; y luego fué nombrado por comisario de la California y trajo religiosos de España que hoy están en esta provincia.

Dió licencia el año de 1636 el marqués de Cadereita á Don Pedro Portel Casanate, almirante de las Californias, para que fuese á ellas á descubrir el golfo y que llevase religiosos de N. P. San Francisco, y fué señalado el P. Fr. Juan Yañes, de la provincia de Xalisco, uno de los que trajo el reverendo P. Fr. Juan de Carrascosa de España para aquella conversión; y el reverendo padre y santísimo varón Fr. Pedro Gutierrez, provincial que fué dos veces de la dicha provincia, que estuvo prevenido con matalotaje y ornamentos y lo necesario para ir á la dicha conversión, y habiéndose puesto en camino y llegado á Xalisco, le dió una grave enfermedad de hidropesía, y así le volvieron al convento de Guadalajara, donde en breve tiempo, con fama de santo, murió, como se dirá cuando se trate de su vida.

El año de 1647, siendo provincial de la provincia de Xalisco, el P. Fr. Blas de Mendoza, dió licencia para que pudiesen pasar á la California dos religiosos, el uno llamado Fr. Joseph de Jesús María, sacerdote, y el otro Fr. Juan Rodríguez, lego, la cual licencia confirmó y dió de nuevo el reverendo P. Fr. Buenaventura de Salinas y Córdoba, comisario general de esta Nueva España, y habiendo salido estos dos religiosos á Chiametla, les llegó orden del Padre Fr. Miguel de Molina, recién electo provincial, para que no pasasen adelante, sino que se volviesen, por algún motivo que tuvo particular para hacerlo, y ellos, obedeciendo, se volvieron.

Todo esto he querido referir para que se conozca la mucha virtud y santidad en que siempre ha florecido la santa provincia de Xalisco y los servicios que ha hecho á la Iglesia, á Dios y á nuestros católicos reyes, poniendo esta digresión, por lo cual siempre ha conservado el nombre de santa.

Fr. Juan de Carrascosa.

Fr. Pedro Gutierrez.

Fr. Joseph de Jesús María.

Fr. Juan Rodríguez.